

F-8/245/43

UNIVERSIDAD DE BARCELONA  
DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1970-71



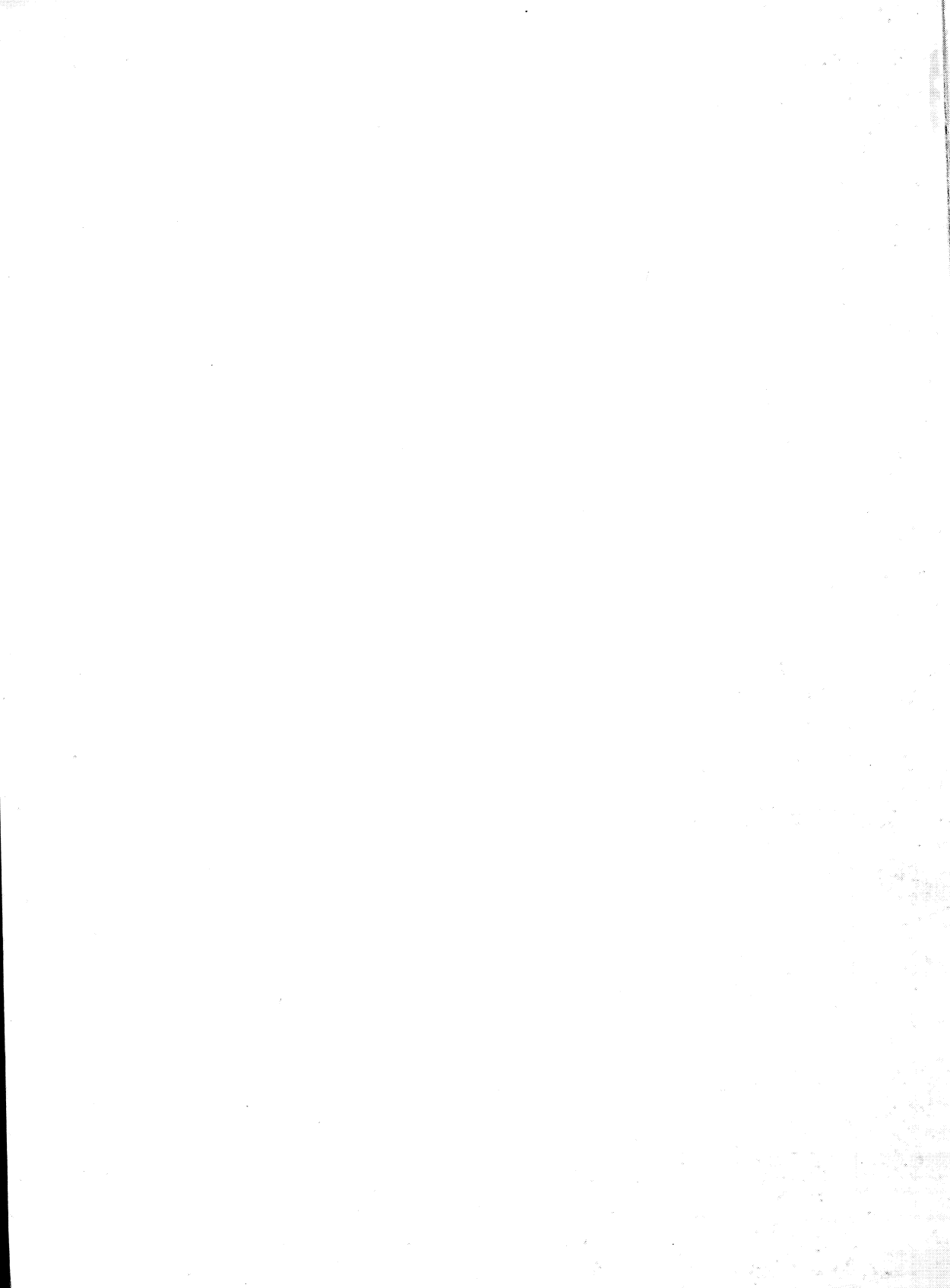
# LOS ATAVISMOS EN EL LENGUAJE

POR

M. BASSOLS DE CLIMENT

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BARCELONA  
1970



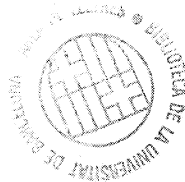
F 8  

---

245  

---

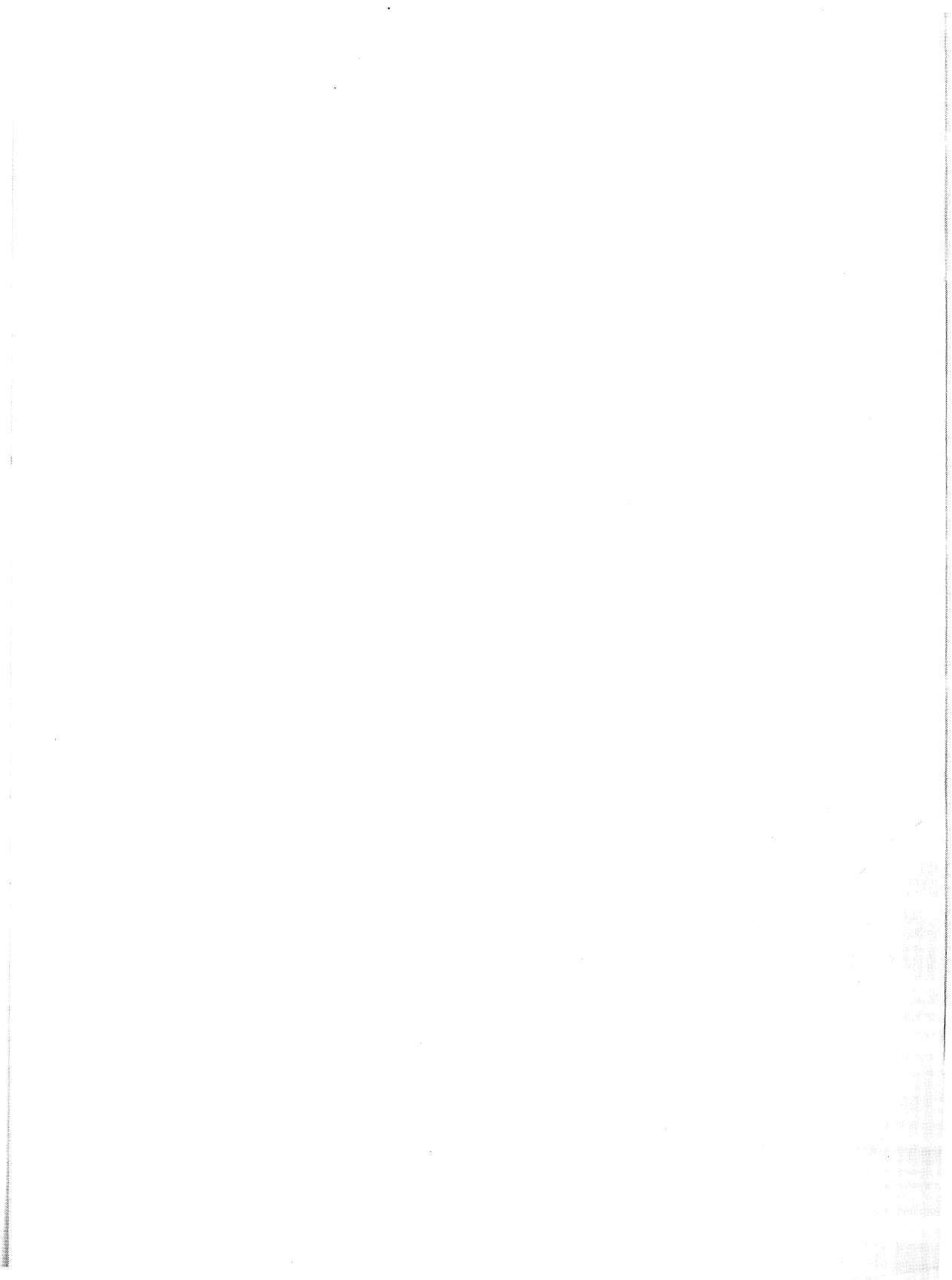
43



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701252061



LOS ATAVISMOS  
EN EL LENGUAJE



UNIVERSIDAD DE BARCELONA  
DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADEMICO 1970-71



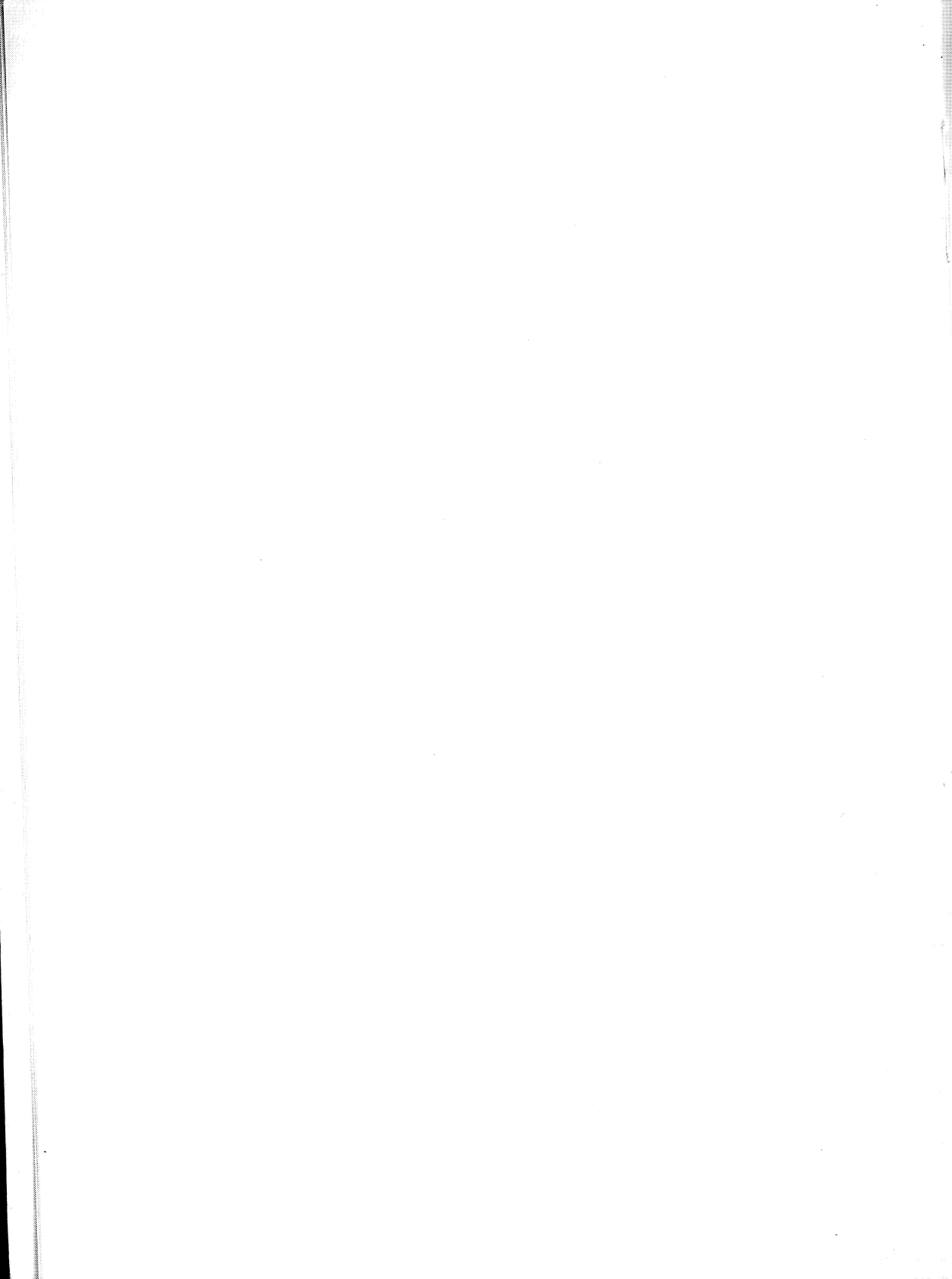
# LOS ATAVISMOS EN EL LENGUAJE

POR

M. BASSOLS DE CLIMENT

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BARCELONA  
1970





*Magnífico y Excelentísimo Señor Rector,  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,  
Queridos colegas y alumnos,  
Señoras y Señores:*

Este año recae sobre mí el honor y la responsabilidad de pronunciar la disertación inaugural del curso que ahora se inicia, y ello, no porque concurra en mí ningún mérito especial, sino simplemente en virtud de un turno automático de rotación que se observa en ésta y en todas las Universidades españolas.

A pesar de que esta designación no presupone ninguna preferencia, implica no obstante una grave responsabilidad, como es la de representar una Institución, como la nuestra, a la que respalda una tan dilatada como gloriosa tradición. En realidad ya en otra ocasión fui requerido para tan honroso cometido. En los inicios de mi actividad docente, concretamente en el año 1928, cuando sólo hacía unos meses que había ingresado en el profesorado, la Universidad de Sevilla, a la que estaba adscrito, me encargó pronunciar la disertación inaugural del curso 1929-30; pero no pude entonces aceptar tan honrosa misión, pues me quedaban por cumplir unos meses de servicio en el ejército.

Han transcurrido desde entonces más de cuarenta años, y al cabo de tan dilatado período, en el ocaso ya de mi vida académica —me quedan sólo tres años escasos de permanencia activa en el profesorado— re-

cibo de nuevo el mismo encargo que antaño me fue ofrecido en Sevilla: representar a la Universidad en la apertura de curso. Pero ahora con una curiosa coincidencia: en efecto, preside este acto el Dr. Fabián Estapé, al que me unen lazos de afecto y regionales. Procedemos ambos de la provincia de Gerona, de dos poblaciones separadas sólo por unos pocos kilómetros y azotadas con igual empuje y violencia por la tramontana, lo cual quizá pueda explicar algunas peculiaridades de nuestro temperamento. Por otra parte, ya que he mencionado la provincia de Gerona, quiero recordar que esta provincia es una de las que cuenta en su haber con un mayor número de profesores universitarios. Son en efecto de ascendencia gerundense, aparte del Sr. Rector y del que ahora os habla, maestros tan preclaros como Vicens Vives, Millás Vallicrosa, Luis Pericot, los hermanos Xirau, los hermanos Carreras, José Alsina y Hortalà y otros que seguramente olvido. Una sola de sus ciudades, Figueras, a pesar de su reducido censo, ha aportado a esta Universidad dos decanos de la Facultad de Filosofía y Letras, uno de la Facultad de Derecho y otro de Farmacia.

Aunque, como he dicho, la misión que este año me ha sido confiada es la misma que otrora me fue ofrecida en Sevilla, las circunstancias son radicalmente diferentes. Lo que hace cuarenta años hubiera sido para mí como el prólogo, el preludio de mi vida académica, ahora ha venido a ser como el colofón, el epílogo y el final, un poco anticipado, de la misma. De ahí que mis palabras tengan ahora un tono muy diferente del que hubieran tenido entonces. En Sevilla las hubiera impregnado un hálito de esperanza, de ilusión, de optimismo, ahora en cambio las empaña un sentimiento de nostalgia y de tristeza.

Esta mudanza de mis sentimientos no debe impu-



tarse sólo al paso y peso de los años, aunque cuarenta años cubren un espacio muy dilatado en la vida de los hombres, especialmente en una época como la actual en que la historia no discurre en forma lenta y pausada sino vertiginosa y acelerada. La causa de mi inquietud se debe a que contemplo, con preocupación, cómo el mundo, en que me había formado y al que erróneamente había atribuido un valor estable y permanente, cambia rápidamente de signo y orientación. Principios, costumbres, normas que consideraba como inmutables, vacilan, son discutidas y amenazan ruina. Precisamente es esta institución, la Universidad, a la que siempre me he sentido tan estrechamente vinculado y a la que he procurado servir con mi mejor afán, una de las corporaciones más amenazadas, criticadas y zarandeadas por ese vendaval, ese disconformismo y protesta que agita a las nuevas generaciones.

Sería ingenuo e injusto no reconocer que existen fallos en la actual estructura y organización de la Universidad; voy a citar sólo uno: no contamos con suficiente profesorado para atender debidamente a la avalancha de estudiantes que ha irrumpido en nuestras aulas. Para que la labor de un profesor pueda ser fecunda, es necesario un contacto estrecho e íntimo con sus alumnos, es necesario conocer sus problemas personales, sus inquietudes y sus afanes. Este contacto ahora, en la inmensa mayoría de los casos, resulta imposible, ¿qué diálogo cabe entre un solo profesor y varios centenares de alumnos? El diálogo exige intimidad, conocimiento mutuo; ahora en cambio sólo es posible el monólogo. Lo más grave del caso es que esta deficiencia, este grave fallo no tiene por el momento fácil solución; pues no existe suficiente número de personal especializado para cubrir este déficit, para que pueda existir una proporción adecuada entre

el número de profesores y el alumnado, como lo evidencia que la mayoría de oposiciones o concursos que actualmente se celebran quedan desiertos, incluso a veces no se presentan candidatos a los mismos. ¿Cómo en estas condiciones puede una Universidad cumplir la alta misión que le está confiada?

Podría presentar una larga lista de deficiencias que ofrece la vida universitaria y cuyo remedio no está en nuestra mano, pero no quiero cansarles inútilmente. Y digo inútilmente porque en el caso que se consiguiera paliar algunas de las deficiencias que actualmente aquejan a la Universidad, el problema seguiría en pie. No debemos engañarnos, no son sólo estas deficiencias las responsables de la crisis universitaria. Las raíces del mal calan más hondo. En buena parte son el resultado del cambio que se ha operado en la mentalidad, idiosincrasia y aspiraciones de la juventud.

Existe —es preciso reconocerlo— un divorcio, un alejamiento, una incomprensión cada vez más acentuada y profunda entre las viejas y las nuevas generaciones. Nuestra misión, seguramente la más importante de las muchas que pesan sobre nosotros, sería precisamente encauzar y dirigir en forma viable y constructiva estos afanes que agitan y conturban el espíritu de las actuales promociones estudiantiles; pero, yo por lo menos, me siento desbordado por esta marea de peticiones y reivindicaciones. Hablo naturalmente en general, recogiendo el ambiente; pues yo no he recibido a lo largo de mi ya dilatada carrera universitaria más que pruebas de afecto, de consideración de parte de mis alumnos; pero así y todo reconozco que nuestra labor es ardua, difícil, poco agradecida. Enseñar es poner cada año en contacto con nuevas promociones lo más íntimo de nuestra personalidad y dejar que se la lleven a pedazos. Es, como decía Marañón, dar lo mejor, lo más noble de nuestro espíritu, en be-

neficio de ese ser anónimo que se llama promoción, es sentirse envejecer ante un espejo que cada año se renueva y es, por tanto, más joven y multiplica por este motivo a cada paso nuestra decadencia.

Todo esto ocurre en circunstancias normales, cuando los cambios son lentos y graduales, pero es que ahora estos cambios no son pausados y lentos, sino por el contrario acelerados y casi vertiginosos. Las nuevas promociones nos hacen responsables a nosotros, a los hombres de mi generación, de las injusticias, deficiencias y fallos que afligen a la humanidad. Nos reprochan no haber sabido crear una sociedad asentada sobre bases más justas y equitativas. Pero al formular estos reproches olvidan que no son ellos ni los primeros ni los únicos que han aspirado y ambicionado una sociedad mejor y más justa. En realidad, desde que el mundo es mundo, ha habido siempre hombres que han luchado con denuedo, esfuerzo y sacrificio por convertir en realidad estos nobles ideales. Indudablemente, a sus esfuerzos se debe el innegable progreso de la humanidad a lo largo de muchas generaciones. ¿Pero serán las nuevas promociones capaces de pasar de una actitud puramente crítica y negativa a otra constructiva y renovadora? La empresa es ardua y exige muchos sacrificios. Yo deseo con afán y de todo corazón que nuestros estudiantes tengan éxito en sus nobles deseos, pero no quiero ocultar que me asaltan dudas y temores. Ojalá sean éstos infundados.

\* \* \*

Les ruego que me disculpen por esta digresión que me ha alejado del tema de mi disertación, pero en solemnidades como éstas, cruciales en la vida de un profesor, es muy difícil sustraerse al ambiente que nos

rodea y que muchas veces nos desalienta. Pero volvamos al punto de partida. No quiero ocultarles que la elección del tema de esta disertación me ha deparado muchas dudas y vacilaciones, pero a la postre, leal con mi vocación, me he decidido por un tema de carácter gramatical.

No se me escapa que estos temas gozan de poca popularidad y probablemente nosotros mismos, los gramáticos, somos en buena parte responsables de esta indiferencia, por tratar en forma excesivamente rígida, abstracta y técnica los problemas del lenguaje, con lo cual una ciencia que debería interesar a amplios sectores de la opinión, se convierte en patrimonio de unos pocos especialistas.

Las cosas no debían ser así. Me permito asegurar que pocas parcelas de la cultura ofrecen mayores alicientes y pueden despertar un más apasionado interés que el que nos brinda el mundo maravilloso del lenguaje. Nada tan instructivo y sorprendente como adentrarse, con el espíritu alerta, por los vericuetos, complejos y recónditos muchas veces, que se entrecruzan en este mundo que con razón he calificado de maravilloso.

Es indudable que de todas las invenciones realizadas por el hombre ninguna es tan fecunda en resultados como la del lenguaje; pues no sólo nos permite salir de nuestro yo, satisfacer este íntimo anhelo de comunicación que anida en nuestros corazones, sino que como he dicho, constituye la piedra angular en que se apoya y descansa la cultura y civilización.

La gramática no es un código frío y arbitrario de reglas y normas, sino una ciencia que estudia un organismo vivo y palpitante, tenaz a veces, frágil otras, sujeto a múltiples influencias culturales, políticas y sociales que actúan incesantemente sobre él. Me propongo, pues —si lo conseguiré ya es otra cosa—, señalar

y rastrear algunas de estas fuerzas que regulan el devenir de los idiomas, ya impulsándolos y haciéndolos progresar, ya dificultando su transformación y su desenvolvimiento.

Como el tema es excesivamente amplio y complejo me referiré con más detalle a este último extremo, o sea al estudio de las fuerzas que obstaculizan y frenan su progreso, que no se adaptan al campo de las nuevas concepciones que afloran y luchan por incorporarse al lenguaje.

Muchas veces he mencionado ya la palabra lenguaje. Me refiero naturalmente al lenguaje hablado y articulado, pero conviene no olvidar que si por lenguaje entendemos cualquier sistema de signos o símbolos apto para la comunicación de los seres, estos signos pueden ser de índole muy diversa. En realidad todos los órganos de los sentidos pueden utilizarse para crear un lenguaje: existe un lenguaje olfativo, táctil, visual y auditivo. Basta que dos individuos se pongan de acuerdo para atribuir un significado determinado a un acto cualquiera, para que surja el lenguaje.

Es cierto que el lenguaje auditivo, llamado también hablado o articulado, supera en mucho a los otros sistemas; pero con todo a veces solicita la ayuda del visual; así surge el código de señales usado en la marina. Claro que éste es un lenguaje artificial, pero existen también lenguajes naturales basados en sistemas visuales. Los utilizan pueblos primitivos y en este caso no como sucedáneos sino como sistemas propios y genuinos. Son lenguajes rudimentarios, pero tienen la ventaja —como ya he apuntado— no sólo de cubrir mayores distancias sino de evitar el ruido. Razones utilitarias justifican su uso, pero también a veces religiosas. Las mujeres en algunas tribus salvajes no podían usar ciertas palabras dado su carácter místico y por este motivo se veían obligadas a emplear

otras palabras o sustituirlas por gestos (1).

Estos sistemas no auditivos permiten incluso comunicar representaciones bastante complejas. Es muy interesante a este respecto el comportamiento de las abejas. Karl von Frisch (2) ha demostrado con sus investigaciones que una abeja salida de su colmena puede regresar a ella y explicar a sus compañeras por medio de movimientos corporales, de «danzas», que ha encontrado un lugar donde se halla el pasto que necesitan, la abundancia del mismo y el sitio donde está emplazado.

A base de estas indicaciones las restantes abejas pueden salir solas de la colmena y sin necesidad de que les acompañe la abeja que les ha facilitado la información —pues ésta puede continuar en la colmena—, dar con el lugar cuyo emplazamiento les ha sido facilitado por su compañera en forma abstracta, como sobre un plano, con la particularidad de que en este caso un panal ha hecho las veces de plano y ha sido utilizado por la abeja guía para señalar la dirección a seguir en el exterior.

Es sabido que en el exterior las abejas se orientan tomando como punto de referencia el sol. La dirección del sol es representada en el panal con un movimiento hacia arriba, o sea en contra de la gravedad. En consecuencia, la abeja se moverá hacia arriba cuando el lugar donde se encuentra el pasto está exactamente en dirección hacia el sol, pero si para llegar hasta el pasto tiene que desviarse a la derecha o a la izquierda con respecto a la posición del sol, se desvía también sobre el panal en estas direcciones con respecto a la vertical.

---

(1) WILHELM WUND, *Völkerpsychologie*. I, 1, págs. 143 y ss. Stuttgart 1941.

(2) K. VON FRISCH, *Ans dem Leben der Bienen*. Berlin, Göffingen 1953. ID., *Dialects in the language of the Bees* en *Las Ciencias*. XXVIII, 4, 1963, págs. 263 y ss.



Las abejas señalan la distancia danzando tanto más lentamente cuanto más lejos se halle el pasto. Sin embargo, este procedimiento sólo se aplica cuando el lugar que señalan está relativamente lejos, en caso contrario, cuando se encuentra situado en los alrededores de la colmena, verifican simplemente, dentro de la colmena, una danza describiendo círculos y sus compañeras se mueven en el aire libre formando también círculos en torno a la colmena y así dan con el lugar señalado.

Como puede deducirse de lo expuesto, es posible recurriendo a medios no lingüísticos comunicar representaciones bastante complejas, pero estas representaciones están sujetas a estrechas limitaciones locales y temporales. Se refieren al momento presente y al lugar en que se está. No tienen validez más que para un momento dado y un lugar determinado: *aquí* y *ahora*. En cambio por medio del lenguaje articulado puede simbolizarse o representarse por una serie de sonidos el mundo entero, proximidad y lejanía, pasado y futuro.

El diálogo se libera de las trabas de la situación y del tiempo. Por medio del lenguaje articulado no sólo podemos reflejar la realidad externa, sino la imagen de esta realidad en nuestras conciencias. En esto estriba precisamente el poder maravilloso y mágico del lenguaje que consigue salvar mediante un puente de ondas sonoras el intervalo existente entre los cuerpos de los interlocutores y entre dos sistemas nerviosos distintos (3).

En el presente trabajo me referiré sólo al lenguaje articulado o auditivo. Iniciaron ya su estudio los antiguos pensadores griegos partiendo de concepciones lógicas y racionalistas elaboradas por los sofistas peripatéticos. Durante largos siglos no nos hemos aparta-

---

(3) WALTER PORZIG, *El mundo maravilloso del lenguaje*. Trad. Española de A. Moralejo. Editorial Gredos.

do de la senda por ellos trazada, hemos utilizado incluso la terminología que ellos crearon.

En realidad, hasta la aparición de la gramática estructural no se han vislumbrado nuevos horizontes ni utilizado una terminología nueva y por cierto un poco abstrusa. Durante toda la Edad Media, hasta muy entrado el siglo XIX los estudios gramaticales se basaban en la lógica. Se procuraba distinguir en las lenguas las mismas categorías que en el pensar lógico. Ello determinó que se formularan aseveraciones peregrinas. Así hubo gramáticos que, imbuidos por las teorías de Kant, sostuvieron que las lenguas debían tener exactamente seis casos, ni uno más ni uno menos. Pero a estos gramáticos les ocurrió lo mismo que a Hegel, el cual, partiendo de concepciones y premisas lógicas, afirmó que sólo podían existir siete planetas; pero, poco tiempo después, los astrónomos descubrieron un octavo planeta. En realidad, como ha demostrado la moderna lingüística, poniendo a contribución todas las lenguas conocidas del orbe, el número de casos de que disponen algunas lenguas, puede llegar hasta cerca de medio centenar (4).

Los intentos, pues, de explicar el lenguaje partiendo sólo de consideraciones de carácter lógico han fracasado. No pretendo con ello decir que las lenguas carezcan de lógica, pues toda actividad humana desprovista de una cierta lógica caería fatalmente en lo absurdo. Lo que sucede es que los principios lógicos que regulan el lenguaje no son de la misma naturaleza que los que imperan en el pensar puramente lógico; pues, como acertadamente dice Vossler (5), la gramática, técnica del idioma, está sólo al servicio del pensar idiomático, del mismo modo que la técnica del

---

(4) Ob. cit. en nota 1; pág. 60 y ss.

(5) KARL VOSSLER. *Filosofía del lenguaje*, págs. 11 y ss. Madrid 1941.

pintor está al servicio del pensamiento pictórico y no se adapta al pensamiento de ninguna de las restantes artes.

Pero incluso la lógica peculiar de los procesos idiomáticos, distinta, según acabamos de ver, de la del pensar lógico, resulta a veces insuficiente para determinados tipos de frase, y ello se debe a que de la misma manera que no todos los actos humanos responden siempre a la lógica, así también muchos procesos lingüísticos se salen de la órbita de dicha disciplina. Conviene por tanto, no perder de vista que en último término el lenguaje es más bien un producto de la Psiquis que de la Lógica.

Estas consideraciones son las que determinaron la entrada en escena de la Psicología en el campo de la gramática. Tal innovación data del año 1860, en el cual el eminente psicólogo Steinthal demostró, a base de una multitud de pruebas concretas, que la clave de gran número de construcciones idiomáticas estaba precisamente dentro de la Psicología, ciencia a la que, según dicho pensador, debemos recurrir para conocer los principios fundamentales que regulan las lenguas, los cuales son invariables y permanentes, no efímeros y variables como las formas externas que sirven de ropaje a los distintos idiomas (6).

La entrada de la psicología en el campo de la gramática nos ha facilitado la clave para la correcta interpretación de muchos fenómenos lingüísticos contrarios a la lógica, pero que responden a razones psicológicas, como son el predominio de los afectos y emociones sobre el discurrir lógico, la tendencia al menor esfuerzo, las contaminaciones, braquilogías y pleonasmos... etc. (7).

(6) M. BASSOLS, *Sintaxis histórica de la lengua latina*. T. I, págs. 6 y ss. Barcelona 1945.

(7) M. BASSOLS. Ob. cit.; págs. 13 y ss.

Pero el organismo del lenguaje es sensible a tantos estímulos, que para su correcta interpretación es necesario tener en cuenta otros muchos y complejos factores como son los sustratos lingüísticos, superados y olvidados a veces por un pueblo, pero que continúan ejerciendo una fuerza latente y a veces activa sobre el mismo, la situación política, religiosa, moral, e incluso la moda.

En determinados casos tenemos que remontarnos a etapas muy remotas, pues en ellas se han acuñado construcciones que responden a una mentalidad primitiva, pero que ya no están de acuerdo con las normas vigentes, y son como fósiles incrustados con singular tenacidad en el lenguaje. Precisamente en este trabajo me propongo examinar algunas de estas construcciones atávicas que, en desacuerdo con las direcciones de la lengua, defienden tenazmente sus posiciones.

\* \* \*

Iniciaré mi rápida digresión sobre este tema tomando como punto de partida los numerales. Constituyen, como es sabido, la base de la numeración y derivan de la facultad del pensamiento discursivo de separar y unir. La base de la numeración es la unidad que representa todo acto intelectual en sí, separado de otro parecido.

Si las lenguas se apoyaran únicamente sobre una base lógica, lógico sería también el sistema destinado a expresar los números; pero como no es así, es natural que también en esta categoría gramatical aparezcan formas en desacuerdo con la lógica.

En español, como en todas las lenguas románicas, se utiliza para la numeración el sistema decimal. Este sistema lo heredaron las lenguas romances del latín

y éste a su vez del primitivo indo-europeo, que en un momento dado de su historia lo implantó a expensas de otro más rudimentario. Las lenguas primitivas nos ofrecen ejemplos de estos sistemas, así algunas tribus de los pigmeos disponen sólo de dos cifras, el uno y el dos. Las restantes cifras hasta llegar a diez, pues aquí se detienen, las forman combinando estos dos números, así tres =  $2 + 1$ , cuatro =  $2 + 2$ , cinco =  $2 + 2 + 1$ ... y así sucesivamente. Otras lenguas no disponen más que de palabras adecuadas para designar las cuatro primeras cifras y, combinándolas, forman las restantes (8).

Estos sistemas son desde luego muy rudimentarios e inadecuados para expresar cantidades elevadas. Representó, pues, un extraordinario avance la invención del sistema decimal o sus variantes como son el quinal y el vigesimal. El primero se basa en la numeración de los dedos de la mano, el último en la suma de los dedos de la mano y de los pies.

Las palabras usadas para expresar los números tenían originariamente un significado concreto y material, como lo evidencian ciertas lenguas de la América indígena (9); así para expresar el número cinco usaban de la palabra con la que designaban los dedos de la palma de la mano y para enunciar el número diez la palabra con que se designaba las dos palmas de las manos. Para enunciar el número veinte extendían los diez dedos de las manos sobre los pies.

A la vista de estos antecedentes estamos autorizados para afirmar que las palabras que se emplean para designar las diez primeras cifras del sistema decimal tenían originariamente un significado material y con-

---

(8) Ob. cit. en nota 1, págs. 24 y ss.

(9) LUIS PERICOT, *La América indígena*. T. I, 2.<sup>a</sup> ed. 1961, Barcelona. Bajo los epígrafes de «Lengua» se hallarán interesantes observaciones. Wundt ob. cit. nota 1, pág. 25.

creto. «Cuatro», en algunas lenguas primitivas, es la palabra usada para designar el pie de los avestruces que como es sabido tiene cuatro dedos.

Se ha intentado, pues, rastrear el significado etimológico y concreto de los numerales, pero este significado se ha esfumado y persiste sólo su acepción abstracta. La misma estructura de las palabras con que designamos a las unidades nos plantea muchos problemas. Sería lógico que todas estas palabras, en cuanto forman parte de un mismo sistema, tuvieran una estructura uniforme; en latín, no obstante, las tres primeras unidades aparecen representadas por palabras declinables, las restantes son invariables e indeclinables; así la palabra *dos*, que en español es interpretada como un plural y como tal toma una *s* final, en latín se nos ofrece en la forma de *duo* y con *o* larga final. Lo mismo la palabra *ambo*, en español *ambos*.

La explicación de estas anomalías no ofrece dificultad. La lengua de que deriva el latín disponía de desinencias especiales para los duales o sea para nombrar a los conceptos que se agrupan en parejas, y esta desinencia era, para determinados temas, una *o* larga, la misma *o* que conservan las cifras que hemos mencionado. La lengua latina eliminó los duales, pero por inercia persistió esta desinencia, como un vestigio del pasado, en las citadas formas *duo* y *ambo*. Es preciso llegar al latín vulgar para que por fin se regularice el paradigma de los numerales y desaparezcan los duales, sustituidos por los plurales *dui* y *ambi*, de cuyos acusativos *duos* y *ambos* derivan las formas españolas *dos* y *ambos* (10). Estas formas significan el triunfo de la lógica y analogía sobre la inercia y la tradición.

---

(10) ERNST KIECKERS, *Historische Lateinische Grammatik*. II Teil Formenlehre, págs. 117 y ss. München 1933.

Más difícil resulta la explicación de otro numeral latino que termina también en *o* larga, con la particularidad de que esta desinencia persistió en latín vulgar y ha trascendido al español. Se trata de *octo*, en español *ocho*. Cabe también en este caso pensar que es una forma dual, pero tal interpretación está en desacuerdo con el significado de esta cifra y con el sistema decimal que adoptó el primitivo indo-europeo en el transcurso de su historia.

Se puede, no obstante, suponer que con anterioridad a la implantación de este sistema existieron otros más primitivos y rudimentarios cuyas características hemos ya señalado. La nota específica de los mismos es que disponen de pocas cifras para designar las unidades, a lo sumo cuatro. Probablemente éste era el caso del primitivo indo-europeo. Su numeración alcanzaba sólo hasta cuatro. Partiendo de este supuesto, es lógico que para formular el número *ocho* se empleara la forma dual de la palabra usada para expresar el número *cuatro*, con la particularidad de que la palabra equivalente a cuatro cayó en desuso y subsiste sólo su forma dual representada por *octo*. No es aventurado, pues, suponer que esta palabra representa la pervivencia de un antiguo dual (11).

Al implantarse el sistema decimal se crearon formas nuevas en consonancia con él para expresar las unidades; no obstante, la renovación no fue total, y como un fósil de la lengua, como un vestigio del pasado, persistió *octo*, cuya forma dual carecía de sentido en el sistema vigente.

Estas interferencias, esta persistencia de formas en desacuerdo con el sistema, puede observarse incluso en lenguas modernas. La lengua francesa aplica tam-

---

(11) WALDE-HOFMANN, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*. Consultese «sub voce».

bién por herencia del latín el sistema decimal, con la excepción de *ochenta* y *noventa*, pues para la primera de estas cifras usa el término *quatre-vingt* y para la segunda *quatre-vingt-dix*. Ambos términos no encajan en un sistema decimal, sino que postulan un sistema vigesimal que establezca como base para la formación de las decenas no el número diez, sino el veinte. Este sistema lo aplican muchas lenguas primitivas, e incluso, a juicio de muchos gramáticos, lo usaban también las lenguas indígenas habladas en Francia con anterioridad a la romanización de esta región.

Los sistemas decimales presuponen la existencia de palabras adecuadas para designar las unidades, o sea, los números de uno a diez. Las decenas, de once a ciento, se obtienen añadiendo o sustrayendo a las decenas las unidades que reclama el número que se desea formar. La lengua latina recurre a ambos sistemas, el aditivo y el sustractivo; en efecto, para formar los números que van de uno a diecisiete, añade las unidades correspondientes a la decena que se quiere formar; así *undecim*, literalmente «uno y diez»; *duodecim*, «dos y diez»..., etc. Se trata de compuestos de tipo copulativo; en cambio para formar los números 19 y 20 se usa el sistema sustractivo, o sea *duodeviginti*, literalmente «dos restado de veinte»; *undeviginti*, literalmente «uno restado de veinte». El mismo sistema se usa para formar todas las decenas restantes.

Las lenguas románicas simplificaron este sistema evidentemente híbrido y eliminaron las formas sustractivas. En efecto, formamos en español las decenas de *treinta* en adelante añadiendo con alguna variante a la unidad correspondiente el sufijo *-enta*; en consecuencia, decimos «treinta, cuarenta»..., etc. Este sufijo *-enta* no era originariamente un sufijo, como tampoco lo era el sufijo *-mente* con el que formamos los adverbios. Era un sustantivo, concretamente un neu-



tro plural *ginta*, con la desinencia *-a* característica de los neutros (cf. *nomina*, *capita*) y cuyo significado originario era «decenas».

Etimológicamente, pues, deriva del vocablo indoeuropeo \**kmta* o \**komta* de donde proceden los sufijos *-κοντα* (griego) y *-sat* (sánscrito) usados en la formación de los numerales. La formación de las decenas resultó, pues, diáfana en latín: *triginta* significa «tres decenas», *quadraginta* «cuatro decenas»..., etc.

Llegados a este punto debemos consignar una anomalía que afecta sólo a la segunda decena, cuya estructura ya en español discrepa de las restantes, pues no se forma con el sufijo *-enta*, como *treinta*, *cuarenta*, sino con el sufijo *-ente*, de donde *veinte*, con *-e* final, no *-a* como las demás (12).

Me interesa precisar que ninguna ley fonética, ninguna influencia analógica explica tal discrepancia que, por otra parte, tampoco es exclusiva del español, sino que es común a todas las lenguas románicas. En efecto, en las lenguas derivadas del latín el sufijo que se usa para formar la segunda decena es *-ginti*, así *viginti*, en oposición a las restantes, que como ya hemos apuntado, utilizan el sufijo *-ginta*, de donde *triginta*..., etc. ¿Cómo explicar esta anomalía? ¿Por qué se dice *viginti* y en cambio *triginta*? ¿Por qué la desinencia de la segunda decena aparece representada por una *-i* y en cambio las de las restantes por una *-a*? Lo curioso de esta anomalía es que reaparece en casi todas las otras lenguas que son de la misma stirpe que el latín.

Evidentemente se trata de un atavismo y si queremos buscar una explicación deberemos remontarnos al tronco indoeuropeo. Vamos a intentarlo. Etimológicamente,

(12) Existen otras variantes como *aenta* y *eente* cf. MENÉNDEZ PIDAL. *Manual de Gramática Histórica Española*. H 89, 3.

gicamente la palabra *viginti* (13) consta de dos elementos o palabras que se han acoplado. El segundo, *-ginti*, representa —como ya hemos explicado— una palabra que acabó por convertirse en un sufijo y que significaba «decenas». El primer elemento *vi* entronca con un vocablo indo-europeo que adopta las formas de *vi* o *dvi* y que aparece atestiguado en latín en palabras como *vi(pa)tricus*, «el suegro», etimológicamente «el segundo padre» y en el verbo *di-vi-do*, «dividir, quebrar»..., etc. Volvemos a encontrar este mismo vocablo en otras lenguas afines y en todas ellas con el significado de «dos». En consecuencia, la palabra *viginti* significaba, etimológicamente, «dos decenas», o sea las dos decenas que formaba la suma de los dedos de las manos y los pies.

Ahora bien, esta palabra, si nos dejáramos guiar por nuestro instinto lingüístico actual, sería clasificada como un plural. La misma interpretación le hubieran atribuido en época histórica los latinos; sin embargo, los antepasados de los latinos, los hablantes del indo-europeo, la consideraban no como un plural, sino como un dual, y como tal la caracterizaban con la desinencia propia de los duales que era precisamente para los temas en consonante una *-i*, en oposición a la *-a* que reservaban para la formación de los plurales neutros. En consecuencia, como la palabra *veinte* o, mejor dicho, «dos decenas» evocaba una idea de dual, se expresó con el vocablo *vi-ginti* (con *-i* final propia de los duales); en cambio, como las otras decenas evocaban una idea de plural, utilizaron como segundo término las formas plurales *-ginta* (con *-a* final).

Es cierto, como ya hemos dicho, que los duales fueron eliminados a la larga del latín, pero por inercia

---

(13) WALDE-HOFMANN. Ob. cit. nota 11 «sub voce».

se salvó de este naufragio la forma *viginti* que, como un fósil, permaneció no sólo incrustada en la lengua latina, sino que incluso trascendió a las lenguas romances. Se esconde, pues, en esta variante fonética una larga historia cuyas raíces se hunden en los primeros estadios de civilizaciones primitivas.

\* \* \*

Hemos intentado demostrar cómo en el paradigma de los numerales persisten formas que están en desacuerdo con el sistema decimal implantado por las lenguas indo-europeas en un momento dado de su historia. Pero es el caso que este desajuste entre la estructura de determinadas palabras y los sistemas en que aparecen incorporadas, pueden comprobarse en las restantes categorías gramaticales. Examinemos, pues, para comprobar este aserto algunos ejemplos tomados al azar en el dilatado campo de la gramática.

Nos referiremos en primer lugar al accidente gramatical comúnmente designado con el nombre de Tiempo del verbo. Es sabido que los verbos disponen de unas formas llamadas «tiempos» cuya misión es señalar la época, el momento en que se verifica la acción verbal (14). Aunque el Tiempo es un concepto abstracto, en la práctica se suelen distinguir en él tres fases: presente, pasado y futuro. En realidad ya el propio Homero había señalado esta división tripartita del Tiempo, y así, al referirse al adivino Calcas, lo describe diciendo que «anunciaba y conocía el presente, el pasado y el futuro».

Se comprende, pues, que cuando los gramáticos griegos quisieron describir y clasificar las formas gra-

---

(14) HARALD WEINRICH, *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Versión española de Feliciano Latorre. Editorial Gredos.

maticales que permitían situar la acción en el tiempo las designaran con el nombre de tiempos y que nosotros, que hasta hace poco seguíamos sus huellas y éramos simples adaptadores de sus teorías, continuáramos llamando también a estas formas «tiempos».

Es cierto que desde un punto de vista filosófico es muy discutible si puede distinguirse en un concepto abstracto como es el Tiempo las tres esferas a que hemos aludido. En efecto, el presente, la frontera entre el pasado y el futuro, tiene tan poco cuerpo como un punto o el filo de una navaja; pero para nuestra conciencia lingüística el presente actual tiene una indudable entidad, una cierta dimensión, pues abarca un poco del futuro y un poco del pasado.

Sin embargo, a pesar de esta dimensión que los hablantes atribuimos al Tiempo, cuando examinamos con atención y detenidamente el uso que hacemos de los tiempos, observamos al punto curiosas anomalías y desajustes en desacuerdo con el significado que les atribuimos. He aquí la enumeración de las más importantes:

1.º Los tiempos del verbo rebasan con frecuencia la esfera temporal que deberían cubrir de acuerdo con su significado, así el presente se usa no sólo para enunciar hechos que ocurren en el momento actual, sino también para enunciar acontecimientos válidos para todos los tiempos (presente general), y aun concretamente para el pasado (presente histórico) y para el futuro (presente pro futuro). Los restantes tiempos nos ofrecen también ejemplos de una análoga indiferencia.

2.º Si las formas temporales del verbo tuvieran como misión fundamental señalar las tres fases del tiempo ya aludidas (presente, pasado, futuro), les bastaría a las lenguas disponer de tres tiempos verbales; sin embargo, nada más lejos de la realidad. Así, en

español, para situar una acción en el pasado, dispomos de dos tiempos simples y tres compuestos.

3.º Es obvio que si con el uso de un presente quiéramos sólo situar una acción en el presente, como esta idea es simple y unitaria, todas las formas de presente deberían tener una estructura idéntica o análoga. No sucede así en la realidad; las lenguas presentan una gran variedad de formas de presente: el sánscrito diez, el griego ocho formas temáticas y otras tantas atemáticas, el latín distingue cuatro conjugaciones y cada una de estas conjugaciones, en especial la tercera, ofrece un número elevadísimo de posibilidades en cuanto a la manera de formar el presente.

4.º Si el tiempo cubre o abarca tres fases, todas las lenguas deberían disponer de tres formas temporales para señalar estas tres frases; pero no es esto lo que ocurre: así el primitivo indo-europeo, punto de partida de todas las lenguas de esta familia, no dispone ni posee formas para expresar adecuadamente el futuro y el pasado. Comprueban esta afirmación las discrepancias que en la formación de estos tiempos se observan en las lenguas derivadas, así para situar una acción en el pasado unos idiomas recurren a prefijos (el llamado «aumento» en griego y sánscrito), a conjugaciones perifrásticas y a verbos auxiliares o a desinencias especiales.

Las anomalías que acabamos de reseñar son más que suficientes para demostrar que los llamados tiempos del verbo no resultan instrumentos adecuados para situar la acción verbal en el Tiempo; pues unas veces pecan por defecto, y otras por exceso. Existen evidentes desajustes entre el cometido que les asignaron en un momento dado de su evolución los gramáticos griegos y su significado originario y primitivo.

En efecto, a base de los datos que nos suministra la gramática histórica y la comparación con otras len-

guas de estirpe distinta, se ha llegado a la conclusión de que los llamados tiempos del verbo indo-europeo no fueron creados para señalar las etapas del tiempo. Su cometido era otro, más en consonancia con la mentalidad de los pueblos primitivos, que fácilmente pueden desinteresarse de la noción del tiempo.

En realidad el cometido que asignaron los antiguos hablantes del indo-europeo a las formas, que posteriormente se llamarían tiempos del verbo, era más plástico, más tangible, más descriptivo. Pretendían con ellos señalar y explicar la forma y manera como se presentaban y desarrollaban las acciones por ellos enunciadas (15). Estas, en efecto, pueden presentar aspectos muy diferentes.

Desde un punto de vista objetivo existen acciones de carácter durativo y que por tanto pueden prolongarse indefinidamente como una línea, otras se nos presentan desprovistas de duración, como un punto, y, por consiguiente, tan pronto se inician llegan a su fin o término. Corresponden al primer grupo (durativo) verbos como *caminar*, *correr*, *amar*, y al segundo (puntual) *coger*, *encontrar*, *caer*, etc.

Esto desde un punto de vista objetivo, pero desde el punto de vista subjetivo las posibilidades son aún más numerosas; así, al enunciar una acción durativa, nuestra atención puede fijarse en el inicio o fin de la misma y desinteresarse de su decurso, con lo cual una acción objetivamente durativa puede ser interpretada por nosotros como puntual ingresiva o terminativa.

En nuestro idioma (16), para señalar estas representaciones, tenemos que valernos de perífrasis como *se echó a llorar* (puntual ingresiva), *terminó de llorar*

(15) M. BASSOLS, *Sintaxis histórica de la lengua latina*. II, 1 pág. 163 y ss., con bibliografía. Barcelona 1948.

(16) SAMUEL GIL Y GAYÁ, *Curso superior de Sintaxis española*. H. 118 y ss.

(puntual terminativa) u otras perífrasis análogas. Incluso una acción durativa puede, por así decir, comprimirse y reducirse a un punto, con lo cual puede abarcarse su contenido con una sola mirada; esto sucede en frases como «la guerra de los cien años *duró* en realidad ciento dieciséis años». En esta frase el verbo expresa una acción puntual complexiva.

Por un proceso inverso, acciones momentáneas pueden adquirir una acepción durativa, ya por atribuirles un carácter iterativo, como por ejemplo, *cojo flores, disparo flechas*, ya por anticiparnos a su realización, así al decir «ya llegamos» cuando aún no hemos llegado.

La enumeración de las distintas maneras como podemos imaginar la realización de una acción resultaría prolija, pero existe una modalidad llamada perfecta que por su importancia no podemos soslayar. En efecto, se enuncia con este tiempo un estado presente, resultado de una acción pasada. En español para expresar esta cualidad accional recurrimos a la perífrasis integrada por el verbo *estar* acompañado de un participio de perfecto, por ejemplo, *la carta está escrita*. La lengua griega en cambio no necesita recurrir a ninguna perífrasis, le basta emplear su perfecto.

En estos hechos que acabamos de mencionar saltan a la vista desajustes que existen entre los tiempos del verbo y el Tiempo; y es que, como ya hemos apuntado, originariamente en las fases más arcaicas del indo-europeo, no se pretendía situar las acciones en el tiempo, sino que lo que interesaba era señalar la forma y manera como se desarrollaba la acción verbal; por eso el presente dispone de estructuras tan diversas y variadas, por eso no existían formas adecuadas para expresar el pasado y el futuro, por eso se producen tantas vacilaciones e interferencias en el uso de los tiempos.

En realidad sólo cuando los hablantes superaron los estadios primitivos de su cultura, cuando su mente adquirió madurez y reflexión, surgió en ellos el deseo, la necesidad de situar las acciones verbales en la esfera temporal que les correspondía. Mas para ello era necesario crear instrumentos de expresión adecuados e idóneos, tarea nada fácil, pues exige esfuerzo y capacidad creadora. Es obvio que resulta para ello mucho más sencillo y cómodo aprovechar las categorías ya existentes, aunque hayan sido creadas para expresar otras ideas, e inyectarles un nuevo contenido.

Naturalmente esta adaptación no es fácil; es preciso vencer muchas resistencias, pues las categorías tradicionales no se resignan fácilmente a abandonar su significado originario y acomodarse al nuevo cometido que se les asigna; pero poco a poco estas resistencias van cediendo, salvo en algunas palabras que generalmente, por ser muy usadas, resisten tenazmente.

En el proceso a que ahora nos referimos, el transvase se vio favorecido por una serie de circunstancias coadyuvantes. Es obvio que cuando enunciamos una acción de carácter puntual, precisamente por el hecho de carecer de duración, tan pronto como acabamos de enunciarla, corresponde ya a la esfera temporal del pasado. Se comprende, pues, que los aoristos pudieran utilizarse como instrumento adecuado para situar la acción en lo pretérito; en cambio, por oposición, los llamados presentes resultaban más idóneos para enunciar hechos actuales.

Los perfectos, como ya hemos apuntado, evocaban una representación compleja: el resultado presente de una acción pasada; bastaba, pues, que la atención se fijara con más intensidad en la segunda de estas fases para que resultara también un tiempo adecuado para expresar el pasado:

En cuanto al futuro, como no existían formas ade-



cuadas para expresarlo en indo-europeo, las lenguas derivadas se vieron obligadas a recurrir a formas perifrásticas o a utilizar los subjuntivos; pues generalmente este modo enuncia hechos referidos al futuro, como son los deseos, prohibiciones, órdenes, etc.

Así las cosas, cuando los gramáticos griegos se aplicaron al estudio de su lengua, había cobrado mucha fuerza el deseo de situar las acciones en la esfera temporal que les correspondía, y como se prestaban a ello —por las razones expuestas— unas determinadas formas verbales, creyeron que ésta era su misión fundamental; aunque en realidad esta posibilidad era sólo el resultado de una evolución secundaria, pues en su origen habían sido creadas estas formas para expresar el aspecto, no el Tiempo.

Todavía prevaleció esta primera acepción (aspecto) durante mucho tiempo, aunque la noción temporal iba imponiéndose poco a poco, y así en este idioma, el griego, pueden presentarse la mayoría de las acciones verbales ya en su desarrollo (tema de presente), ya como un estado presente resultado de una acción pasada (tema de perfecto), ya bajo un aspecto puntual (tema de aoristo) que adopta muchas modalidades (ingresivo, resultativo, puntual complejo). Contrariamente a lo que sucedía en griego, las formas temporales del verbo castellano no son aptas para expresar tantos matices; por ello, en las versiones del griego no basta sustituir unos tiempos por otros, sino que es preciso, en determinados casos, recurrir al empleo de verbos etimológicamente distintos, o emplear giros perifrásticos, todo lo cual resta fuerza expresiva a la traducción. En realidad, cuando los griegos escribían se guiaban, en lo que al uso de los tiempos se refiere, por normas estilísticas enteramente distintas de las actualmente en boga: procuraban siempre, por así decirlo, hacer ver al lector la forma como se desarrollaba

la acción. La abundancia de recursos gramaticales de que disponían para llenar este objetivo les permitía presentar las acciones ya en su desarrollo, ya en su rápida e inesperada eclosión, ya en sus efectos, ya en sus inicios. No se contentaban con enunciar los hechos en forma fría y objetiva, como los latinos, sino que la narración cobraba cualidad pictórica mediante una rica gradación cromática.

Podemos afirmar, sin temor a la exageración, que, para captar la honda belleza que se encierra en las epopeyas homéricas, es preciso olvidar todas las ideas que despiertan en nosotros los útiles gramaticales que empleamos para enunciar los tiempos del verbo y sustituirlas por otras concepciones más poéticas y ricas de colorido, más en consonancia con un pueblo que veía el mundo circundante a través de un hálito de arte y poesía.

Los gramáticos latinos por su parte, como simples adaptadores que fueron de las teorías elaboradas por los gramáticos griegos, se limitaron a aplicar a su lengua los sistemas elaborados por aquéllos. Esta adaptación se vio facilitada, en lo que atañe al significado de los tiempos del verbo, por el hecho de que en su lengua aparecen fundidos en un solo tiempo el perfecto y el aoristo y con ello desapareció paulatinamente la oposición que se expresaba originariamente con estos dos tiempos y pudo convertirse el perfecto en una forma adecuada para expresar el pasado.

Con todo y a pesar del triunfo de esta nueva concepción temporal de las formas del verbo que llamamos tiempos, subsisten todavía en otras lenguas, especialmente en griego, reflejos del primitivo significado que tenían los tiempos y así la mayoría de los desajustes e inconsecuencias que se observan en su uso tienen su origen y deben explicarse como resultado de la nueva función (temporal) que se les asignó en detri-

mento de la originaria (aspecto).

La adaptación de las formas temporales del verbo para expresar el Tiempo, no la índole de la acción verbal, determinaba que ésta se difuminara cada vez más y resultara menos aprehensible. Y como era una representación muy importante para que se pudiera prescindir de ella, se recurrió a nuevos procedimientos para expresarla, como el uso de proverbios y el empleo de verbos auxiliares o giros perifrásticos (17), así *dolere* «sufrir», *condolere* «experimentar un escalofrío», *caedere* «golpear», *occidere* «matar a golpes»; γεγραφα corresponde a la perífrasis «tengo escrito».

Hemos intentado demostrar, a lo largo de esta exposición, que los llamados tiempos del verbo habían sido creados originariamente para expresar el aspecto de la acción verbal, no el tiempo en que ésta se verifica. El testimonio de otras lenguas corrobora tal aserto. En efecto, las lenguas semíticas (18) disponen también de unas formas verbales que por influencia de nuestra gramática reciben el nombre de tiempos del verbo y así distinguen entre los llamados tiempos de imperfecto y de perfecto, pero en realidad no evocan estas formas ninguna idea temporal, sino que las primeras expresan la acción en su desarrollo, las segundas como terminada. La idea por tanto del Tiempo es ajena por completo a estas formas, así el asirio emplea las formas de perfecto con referencia al presente y futuro, y el árabe por medio del imperfecto puede aludir tanto al tiempo futuro como pretérito. En hebreo las formas llamadas «futuro» se emplean en las narraciones con referencia al pasado y como contrapartida los pretéritos pueden, si así se le antoja al escritor, tener valor de futuro. Esta imprecisión temporal ha sido causa de muchas vacilaciones en la inter-

(17) M. BASSOLS, ob. cit. nota 15.

(18) JOSEPH VENDRYES, *Le langage*, París 1968, págs. 125 y ss.

pretación de los textos sagrados.

Por su parte las lenguas eslavas (19) han conservado durante mucho tiempo, y en parte conservan en la actualidad, muestras inequívocas del predominio del aspecto sobre el Tiempo. Es sabido que estos idiomas disponen de un sistema verbal por el que se establece una diferencia u oposición entre cualidades de la acción, de índole puramente subjetiva, gracias al cual pueden presentar o concebir todas las acciones bajo un doble aspecto, o dicho en otras palabras, tienen una doble conjugación: una, integrada por las formas simples del verbo, que presenta la acción en su desenvolvimiento; otra, constituida por formas compuestas con preverbios, que considera la acción en su aspecto resultativo, o sea la persona que habla piensa en las consecuencias o resultados que derivan de la acción verbal.

Como en nuestro idioma no disponemos de recursos morfológicos para señalar este último aspecto, nos vemos obligados en la traducción del eslavo a pasar por alto este matiz, o bien a emplear un verbo semánticamente distinto, con lo cual no recogemos el matiz auténtico del original.

Para aclarar estos conceptos, basta comparar varias frases en las que se contraponga una misma acción bajo el aspecto durativo y resultativo. En ambos casos usamos en español, sin establecer diferencia alguna, la misma forma verbal.

<i>acción durativa:</i>	<i>acción resultativa:</i>
Antonio llevó el palio en la procesión.	Antonio llevó (= entregó) una carta a su hermano.
Antonio huyó toda la noche.	Antonio huyó (= escapó) al extranjero.
Antonio cazó toda la tarde.	Antonio cazó (= cobró) una liebre.

(19) M. BASSOLS, *La cualidad de la acción verbal en español*. Estudios dedicados a Menéndez Pidal, Madrid 1951, págs. 177 y ss.

Es indudable que la acción verbal es fundamentalmente la misma en ambas series de frases, pero hay una diferencia importante: en las frases clasificadas como durativas, la persona que habla considera la acción en su desenvolvimiento, y sin grandes dificultades podría sustituirse el verbo por una perífrasis integrada por el auxiliar *estar* y el gerundio; en las segundas, en cambio, se piensa en el resultado de la acción; por ello, ya no es posible la sustitución perifrástica que acabamos de apuntar, pero sí sustituir el verbo por otro que acuse mejor la idea de resultado, pero en este caso deja de expresarse el procedimiento o medio por el que se llega al resultado apetecido. Los eslavos, en cambio, tienen una fina sensibilidad para estas oposiciones. En el primer caso usan verbos simples; en el segundo compuestos, con lo cual consiguen señalar el resultado y al mismo tiempo expresan el modo como se llega al citado resultado.

Resulta evidente de cuanto acabamos de exponer que el primitivo indo-europeo, por medio de los tiempos verbales, pretendía expresar no el Tiempo, sino la índole de la acción verbal, o sea el aspecto; no obstante, ya en determinadas zonas de este idioma se acusa pronto la tendencia a señalar adecuadamente esta idea temporal y así se utilizan determinados sufijos o prefijos para conseguir este objeto.

\* \* \*

Los desajustes y anomalías que se observan en las categorías gramaticales que hasta aquí hemos examinado reaparecen prácticamente en todas las restantes categorías. No disponiendo de tiempo para estudiar materia tan amplia, nos limitaremos sólo a hacer unas consideraciones finales y brevísimas sobre el llamado género gramatical de los nombres.

Según la Real Academia Española, nos valemos de este accidente gramatical para distinguir el sexo de las personas y el que arbitrariamente se atribuye a las cosas (20). Descansa, pues, esta categoría en una base sexualista. Es indudable que en muchos casos procuramos distinguir por medio de sufijos adecuados el sexo de los conceptos que enunciamos. Estos sufijos son *-o* para los masculinos y *-a* para los femeninos, de ahí las oposiciones *hermano-hermana*, *hijo-hija*, *amigo-amiga*.

Sin embargo, son muchas las palabras que escapan a esta discriminación, así existen adjetivos de una sola terminación como *pobre*, *feliz*, *verde*, etc. y sustantivos que terminan en *-a* a pesar de que significan oficios de varón, como *poeta*, *pirata*, *colega*, etc. Incluso se nos ofrecen formas pronominales indiferenciadas, como el dativo de la tercera persona «*le*», que reproduce tanto a sustantivos masculinos como femeninos.

Recordemos otras anomalías, como son la «heteronimia», o sea el uso de palabras totalmente distintas para distinguir los sexos, así *padre-madre*, *toro-vaca*, *caballo-yegua*; la existencia de nombres «comunes», o sea palabras que sin cambiar de forma son masculinas cuando se refieren al hombre y femeninas cuando se refieren a la mujer. Los únicos elementos que cambian son sus adjuntos (artículo, adjetivo, pronombre), así *el testigo* y *la testigo*, *el espía* y *la espía*.

Recordemos, finalmente, que la inmensa mayoría de los nombres de animales son solamente masculinos o femeninos, sin admitir ninguna diferenciación de carácter sexual, así decimos sólo *el buitre*, *el gavilán*, *el avestruz*, e inversamente, *la liebre*, *la ballena*, *la trucha*. Se designa a estos nombres con el término de «epícenos».

(20) M. BASSOLS, ob. cit. nota 6 H 8 y ss.

Algunas de estas anomalías pueden explicarse por razones de carácter lógico, así la existencia de los nombres «epicenos» puede ser debida a que la distinción de sexo entre los animales sólo tiene razón de ser para el hombre cuando éste puede controlar su procreación, de no ser así carece de objeto y utilidad. Los nombres llamados «comunes» se refieren generalmente a palabras indicativas de oficios o profesiones ejercidas normalmente por varones o hembras. Durante muchos siglos determinadas profesiones las ejercían sólo hombres, como *médico, carpintero, soldado, juez*, etc.; en cambio otros eran patrimonio de las mujeres, así *comadrona, costurera, planchadora*, etc. Pero con el tiempo se desvincularon estas profesiones de un sexo determinado y acabaron por ser ejercidas indistintamente por hombres o mujeres; la lengua hubiera debido reflejar esta realidad, pero por inercia, por tradición, continuó durante mucho tiempo y continúa todavía en algunos casos, manteniéndose la forma tradicional. Todavía nos resulta algo violento decir *la médica, la catedrática, la abogada*, etc., aunque a la larga estas formas acabarán por imponerse. Salvo algunos casos excepcionales, nadie dice *el comadrón, el prostituto*, etcétera.

Como ya hemos apuntado, algunas de estas anomalías se justifican por razones lógicas o históricas y otras en cambio son una prolongación de un estado de cosas heredado del latín, lengua más reacia a aceptar el principio sexualista para la clasificación de los nombres.

Es cierto que en muchas zonas de habla española se acusa una tendencia pronunciada a superar esta indiferencia heredada del latín; así en aragonés antiguo (21) se decía *granda, simpla, dolienta*, y los judíos

---

(21) MENÉNDEZ PIDAL, ob. cit. nota 12 H 78, 2 d.

españoles emigrados a Oriente forman los femeninos *jóvena, ilustra*, etc. En América (22) se procura sustituir los sustantivos masculinos terminados en *-a* por otros, más en consonancia con el sexo, como son los terminados en *-o* y así surgen vocablos como *bromisto, cuentisto, pianisto*, etc.

Finalmente, en las regiones centrales de España se usa en vez del dativo pronominal indiferenciado «*le*» la variante «*la*» cuando el ser que reproducen es un femenino. A pesar de que la lengua literaria se resiste a admitir muchas de estas variantes de cuño popular, no obstante es indudable que existe una tendencia a diferenciar gramaticalmente los sexos y que en este sentido el español ha llegado a resultados más positivos que el latín; así, muchos adjetivos que en latín carecen de moción, la adoptan al pasar al español; tal sucede con los vocablos formados con el sufijo latino *-ensis* que en dicho idioma podía usarse indistintamente como masculino o femenino y con esta acepción ambivalente pasó a nuestro idioma, de donde *cartaginés*, adjetivo que podía aplicarse tanto a hombres como a mujeres; pero ya, desde el siglo XII, surge la forma femenina *cartaginesa* (23). En oposición a las formas latinas como *senior, superior* que podían aplicarse tanto a hombres como a mujeres, dispone el español de sufijos adecuados que señalan el sexo, de donde *señor-señora, superior-superiora*.

Aunque la enumeración de estos cambios resultaría prolija, quiero, no obstante, recordar que muchos sustantivos latinos caracterizados con el sufijo *-a*, a pesar de evocar seres masculinos, en español son sustituidos por otras palabras que evidencian en forma más obvia el género a que pertenecen, así deci-

(22) CHARLES E. KANY, *American-Spanish Syntax*. University of Chicago 1945, pág. 6.

(23) MENÉNDEZ PIDAL, ob. cit. H 78, 2 e.



mos *marinero* en vez de *nauta*, *agricultor* en vez de *agricola*, *bufón* en vez de *scurra*, etc.

No obstante, y a pesar de que la tendencia a caracterizar mediante sufijos adecuados el género a que pertenecen los nombres es más notoria en español que en latín, son muchos los nombres en nuestro idioma que aparecen indiferenciados a este respecto. Estos desajustes con el sistema no deben imputarse a una falta de lógica del español, sino a la persistencia de la tradición latina menos sensible —repetimos— a la discriminación sexual de los nombres. Lo curioso del caso es que fueron precisamente los gramáticos latinos quienes inspirándose en los gramáticos griegos establecieron el principio sexualista como base de clasificación de los nombres.

El latín y el griego hubieran podido aplicar la clasificación sexualista de los nombres con mucha más precisión que otras lenguas porque disponían de un sistema gramatical que contaba con medios para ello, pues como es sabido existen formas que les permiten diferenciar los géneros masculino, femenino y neutro. Podían por tanto encasillar dentro de esta última categoría a todas las palabras que expresaban conceptos que carecían de sexo. Las lenguas romances, en cambio, como consecuencia de haber perdido la categoría gramatical de lo neutro, se vieron obligadas a distribuir o encasillar todos los nombres en las dos categorías restantes, o sea, considerarlos como masculinos o femeninos. Pero el caso es que a pesar de disponer tanto las lenguas latinas como griegas de un receptáculo adecuado para albergar los conceptos desprovistos de sexo, no hicieron un uso adecuado de esta posibilidad al clasificar los nombres y así atribuyeron el género masculino o femenino a muchos conceptos que en realidad carecen de sexo.

Ya hemos aludido a que muchas palabras griegas

o latinas usan en forma inconsecuente el sufijo *-a* para aludir a seres del sexo masculino e inversamente —especialmente el griego— el sufijo *-o* para designar conceptos femeninos. La razón de esta anomalía se debe a que la teoría sexualista, elaborada por los gramáticos, representó sólo una tendencia de unas lenguas en que todavía no había cuajado del todo ni se había impuesto en forma absoluta; por eso entre sus mallas se escapaba una cantidad ingente de palabras que no se habían adaptado aún al nuevo sistema y seguían aferradas a la tradición. De ahí la falta de adecuación entre el sistema elaborado por los gramáticos y la realidad lingüística. Aquéllos interpretaron como una norma de carácter general lo que no pasaba de ser una simple tendencia que apuntaba en el lenguaje, pero que todavía no se había impuesto del todo, pues topaba con la resistencia que le oponía la tradición.

Así las cosas, surge al punto una pregunta. ¿Cuáles eran los principios tradicionales que servían de base para la clasificación de los nombres en el primitivo indo-europeo? Antes de intentar contestar a esta pregunta quizá sería conveniente inquirir de la lingüística general qué principios suelen observar las lenguas cuando intentan establecer un principio de clasificación de los nombres. Estos sistemas son los siguientes (24):

a) Distinción entre seres superiores (divinidades, hombres, etc.) e inferiores. Las lenguas habladas por pueblos primitivos acostumbran a incluir en el segundo grupo a las mujeres y niños. Es curioso observar que todavía subsisten en alemán resabios de esta mentalidad y así en este idioma se incluyen dentro del llamado género neutro palabras como *mujer* y *niño*,

(24) P. W. SCHMIDT, *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*. Heidelberg 1926, págs. 334 y ss. J. Vendryes, ob. cit. nota 18 pág. 18 y ss.

o sea *das Weid, das Kind*.

b) Distinción entre seres animados e inanimados. Esta discriminación se hace de acuerdo con la mentalidad de los pueblos primitivos propensos a considerar como animados conceptos que en realidad son inanimados.

c) Distinción entre seres racionales e irracionales. Dentro de este último grupo se incluían las cosas.

d) Distinción entre lo masculino y femenino. Mas en virtud de una transposición poética, algunas lenguas alteran esta clasificación, pues propenden a considerar todo lo activo, áspero, grande como masculino y todo lo pequeño, débil y delicado como femenino.

He aquí los grupos más frecuentes que utilizan la mayoría de las lenguas en la clasificación de los nombres. Claro que existen otras muchas posibilidades, pero tienen escaso volumen y poca difusión. Voy a citar un solo ejemplo.

Los Hotentotes (25) disponen de una clasificación tripartita, pero el contenido de estos grupos es diferente. En el primero —llamémosle el grupo normal— agrupan las personas o cosas en la forma como normalmente se nos aparecen en la realidad, en el segundo cuando se observa en ellas un aumento, un incremento, en el tercero una merma o disminución; así para aludir simplemente al «agua», dan a la palabra la forma de los vocablos del primer grupo, cuando se quiere designar una gran cantidad (ríos, lagos, etcétera) le dan las características correspondientes al segundo grupo y cuando lo que se quiere señalar es una pequeña cantidad, como la que se necesita para los usos corrientes o domésticos, se transfiere dicho vocablo al tercer grupo,

---

(25) WUNDT, ob. cit. nota 1, pág. 20.

De lo expuesto se deduce que son múltiples los sistemas que pueden adoptar las lenguas para la clasificación de los nombres; pero lo que a nosotros nos interesa es saber ¿qué sistema aplicaba el indo-europeo y las lenguas que de él derivan?

El problema es arduo, pero lo que sí es seguro es que esta familia lingüística no aplicaba en un principio un sistema basado en la oposición de los sexos, pues las palabras de estructura más arcaica no distinguen con ningún signo externo o sufijos lo masculino de lo femenino. Vocablos como *pater*, *mater*, *soror* y sus homónimos en las lenguas indo-europeas, no aportan señal externa alguna que nos oriente a este respecto, pueden referirse tanto a seres masculinos como femeninos.

Existen en cambio otras palabras que por su estructura o forma nos indican que con ellas se alude no a personas o seres vivientes, sino simplemente a cosas, como *iugum*, *aratrum*, *cor*, *lac*, *mel*. De ahí se deduce que el indo-europeo, por lo menos en una fase muy antigua de su historia, no aplicaba en la clasificación de los nombres un principio sexualista (oposición entre lo masculino y femenino), sino distinción entre lo animado y lo inanimado. Cuando querían distinguir lo masculino de lo femenino utilizaban palabras totalmente diferentes. Subsisten todavía algunos reflejos de este estado de cosas, así se explican oposiciones como *padre-madre*, *caballo-yegua*, *vaca-toro*.

Este principio de clasificación de las palabras por el que se distinguía lo animado de lo inanimado, de acuerdo naturalmente con la mentalidad de los pueblos primitivos, experimentó con el tiempo una mutación muy importante. El primer grupo, el que abarcaba lo animado, se escindió o fraccionó en dos subgrupos a fin de poder distinguir los seres masculinos de los femeninos. Fue precisamente en este momento de la evo-

lución de la lengua cuando apuntó o afloró un principio sexualista como base de la clasificación de los nombres.

Su introducción perturbó el equilibrio del sistema primitivo basado, como ya hemos dicho, en la oposición de lo animado y de lo inanimado. En efecto, el primer grupo (lo animado) se subdividió en dos subgrupos para así poder distinguir adecuadamente lo masculino de lo femenino; en cambio el segundo grupo, por el que se expresaba originariamente lo inanimado, fue utilizado como receptáculo para albergar las palabras que evocaban conceptos carentes de sexo y por tanto tenía un significado negativo, de ahí que en la terminología gramatical fue designada esta categoría con el nombre de «neutro», o sea de que no pertenecía al género masculino ni femenino.

Todo ello explica la interpretación y el nombre dado por los griegos a la categoría «género», persistentes en nuestras gramáticas de las lenguas modernas.

Pero es el caso que las lenguas, salvo las artificiales como el esperanto, no son producto de un laboratorio, sino resultado de un largo proceso, en el que actúan múltiples factores, fuerzas e impulsos. Son una energía en constante transformación. Y así cuando apunta en ellas una nueva orientación o tendencia, se va abriendo paso paulatinamente a costa de las categorías ya existentes. No se crea súbitamente un instrumento adecuado para expresarla, sino que se aprovechan las estructuras o módulos ya existentes inyectándoles una savia nueva. El proceso no es fácil, sino lento y laborioso; pues muchas palabras —especialmente las de uso más frecuente— ofrecen una fuerte resistencia y persisten anquilosadas en el lenguaje.

De este modo sucedió en la categoría gramatical que estudiamos. Era preciso cambiar una clasificación antigua por otra portadora de un contenido nuevo, y

sustituir la oposición entre lo animado e inanimado por una distribución de carácter sexualista. Lo cual exigió fraccionar el primer grupo (lo animado) en dos (lo masculino y femenino). A este cometido se aplicó la lengua con afán, creando sufijos adecuados para distinguir los sexos.

El grupo de lo inanimado se reservó para encasillar en él los conceptos carentes de sexo; pero si bien desde un punto de vista racionalista y lógico, lo inanimado comprende conceptos abstractos o cosas carentes de sexo, no obstante, la imaginación popular no se atiene a la lógica racionalista y se aparta de ella con frecuencia, así gusta personificar las cosas y como consecuencia de esta personificación atribuye a las mismas un sexo convencional, con lo cual la línea divisoria entre lo animado (masculino y femenino) y lo inanimado prácticamente desaparece y en consecuencia muchos conceptos que lógicamente debían incorporarse al segundo grupo fueron transferidos al primero, y el grupo de lo inanimado se fue empobreciendo poco a poco hasta quedar integrado por un grupo tan escaso de palabras que a la larga las lenguas romances lo eliminaron y prescindieron de él.

La desaparición del género neutro ha enturbiado la claridad del sistema, pues la aplicación de un sistema sexualista hubiera resultado fácil si todavía dispusiéramos de un grupo para encasillar en él lo carente de sexo, pero como sólo disponemos de dos compartimentos, uno para lo masculino y otro para lo femenino, fue necesario en virtud de analogías, transposiciones poéticas, etc., atribuir arbitrariamente un sexo a conceptos que carecen de tal característica. De ahí las confusiones, anomalías y complicaciones que se observan en la atribución de un género determinado a las palabras.

He intentado exponer a lo largo de esta digresión algunos de los muchos avatares que han influido en el devenir de las lenguas a través de la historia. Es innegable que en el ámbito de la técnica los progresos realizados son fabulosos y más fabulosos todavía los que se avizoran en un futuro ya no lejano. Pero este indudable progreso técnico, ¿va acompañado de un perfeccionamiento interno? ¿Somos los hombres de hoy mejores que nuestros antepasados?

La pregunta es demasiado ambiciosa. Voy a reducirla a términos más modestos y más en consonancia con el tema de mi disertación. ¿Existe un progreso en el devenir del lenguaje? Es indudable que entre los primeros balbuceos del hombre o de los hombres que aparecieron en la tierra y la estructura de lenguas como la latina o griega se ha recorrido un largo camino, se ha conseguido un singular perfeccionamiento. Estas se han enriquecido, convertido en más ágiles, más aptas e idóneas para exteriorizar nuestro pensamiento y sentimiento. Pero una vez se ha llegado a un punto determinado, ¿es posible superar esta meta?

La misma pregunta podemos aplicarla a otros aspectos de la vida cultural. ¿Habrá alguien que pueda afirmar que se ha superado a los grandes escritores, escultores y filósofos de la antigüedad? ¿Es que en la actualidad podemos citar a un poeta que haya eclipsado o aventajado a un Homero, Virgilio u Horacio? La respuesta a mi pregunta será forzosamente negativa.

Ha habido un indudable progreso en las ciencias, en la técnica, pero no así en el arte ni, a mi entender, en el lenguaje. Una vez un idioma alcanza un grado de perfección o progreso determinado, no consigue rebasar este límite. No se trata de inmovilidad ni anquilosamiento. Se producen constantemente cambios y transformaciones, vaivenes, progresos y retrocesos, pero hay unos límites que no se rebasan.

Claro está que el campo de nuestra observación es muy limitado. Los testimonios lingüísticos que han llegado hasta nosotros se remontan sólo a unos 3.000 años antes de C., en cambio la aparición del hombre o antropoide sobre la tierra se remonta, según la prehistoria, a unos 500.000 años aproximadamente. Espacio de tiempo evidentemente demasiado dilatado para poderlo cubrir con nuestras investigaciones y observaciones.

Por otra parte el que un pueblo se halle en un estado salvaje o semisalvaje no quiere decir que hable una lengua tosca, imperfecta o rudimentaria. Existen pueblos que desconocen los principios más elementales de la civilización y que, no obstante, disponen de una lengua rica, ágil, capaz de expresar los más finos matices.

Por el contrario, pueblos que podemos considerar como poseedores de un elevado nivel cultural y que marchan a la cabeza de las naciones más civilizadas, usan a veces en su lengua ciertas construcciones y giros admisibles sólo tratándose de pueblos primitivos y atrasados. Para citar un solo ejemplo recordaré que la lengua de uno de los pueblos que más se envanecen de su progreso y desarrollo técnico, construye los verbos transitivos con acusativo si éste alude a seres animados, con genitivo cuando aparecen representados por él nombres de cosas o mujeres. ¿Cómo explicar este desfase? En realidad es que subsiste todavía la primitiva concepción, a la que ya hemos aludido, y a tenor de la cual se consideraba a las mujeres como un ser inferior a los hombres y por tanto no equiparables al mismo. La lengua a que me refiero es precisamente el ruso, uno de los pueblos que más se han esforzado y siguen esforzándose en proclamar e implantar la igualdad entre los sexos.

De aquí se deduce que no puede inferirse el grado de cultura y civilización de un pueblo a tenor de la estructura de su idioma. El progreso lingüístico no



discurre paralelo con el progreso cultural; la historia del lenguaje se nos ofrece como una sucesión de avances y retrocesos, de ruinas y reconstrucciones. Sólo una cosa es segura e indudable: la aspiración del hombre hacia lo mejor, su fe en la perfectibilidad de todas las cosas. Esta fe —como reconocía el gran lingüista Bally— es infatigable y renace tras cada caída, tras cada decepción.

A pesar de los fracasos el hombre continúa su penoso y arduo camino con la mirada fija en un más allá, con la esperanza en un mundo mejor. ¿Lo alcanzará algún día? ¿Este ideal podrá ser una realidad? Este es el problema, como decía Hamlet.